

años por tierra y por mar, á saber : desde el 1.º de Agosto de 1389, hasta el 19 del mismo mes de 1392. El rey la leyó en alta voz ; y aquella noticia que todos aguardaban con impaciencia y que llegó en tan oportuna ocasión, parecía un nuevo presagio de la felicidad que se esperaba de un reinado que empezaba con tan buenos auspicios. El señor de Chateau-Morand, que era portador de aquel mensaje, fué muy cumplimentado de la corte ; y el rey, para manifestarle su aprecio y su agradecimiento, le convidó á comer á su mesa, y se le llevó, sin permitirle que fuese á mudarse de traje.

La noche de aquel mismo día el señor de la Hivière y messire Juan Lemercier de parte del rey, messire Juan de Bessil y el senescal de Turena de parte del duque, se presentaron en el palacio de Pedro de Craón, que estaba situado cerca del cementerio de San Juan, y le manifestaron, en nombre del rey y del duque, que les eran inútiles sus servicios.

La noche siguiente, aunque padecía mucho de resultas del golpe que había recibido, salió Pedro de Craón de París y tomó el camino de Anjou, donde poseía un fuerte castillo denominado Sablé.

IV.

El reto.

Al amanecer del día siguiente, cuatro heraldos con la librea del duque de Turena recorrían las calles de París precedidos de clarines, se paraban en todas las encrucijadas y calles, y leían los carteles de desafío que con un mes de anticipación se habían dirigido á todo el reino y á las principales ciudades de Inglaterra, Italia y Alemania ; estaban concebidos en estos términos :

« Nos, Luis de Valois, duque de Turena, por la
 » gracia de Dios hijo y hermano de los reyes de
 » Francia, por el deseo que tenemos de ver y
 » conocer á los hijosdalgos, caballeros, escuderos,
 » tanto del reino de Francia, como de los otros
 » reinos, hacemos saber, no por orgullo, odio ó
 » mala voluntad, sino por el gusto de participar
 » de su honorífica compañía mediante el consen-
 » timiento del rey nuestro hermano, que sostendre-

» mos la liza desde las diez de la mañana hasta las
 » tres de la tarde contra todos los que se presen-
 » ten ; y á la puerta de nuestra tienda se colocarán
 » dos escudos, uno de guerra y otro de paz. El que
 » quisiere justar, enviará á su escudero ó irá él
 » mismo á tocar nuestro escudo con el asta de su
 » lanza, si quiere la justa de paz, y con el hierro
 » si la quiere de guerra ; y para que llegue á
 » noticia de todos los hijos-dalgos, nobles, caba-
 » lleros y escuderos, hemos mandado publicar
 » estos carteles, y los hemos sellado con el de
 » nuestras armas. Escritos, hechos y dados en
 » París en nuestro palacio de Turena en 20 de Junio
 » del año 1389 del nacimiento de Nuestro Señor
 » Jesucristo. »

El anuncio de una justa en la que el primer príncipe de la sangre debía sostener la liza, hacía ya tiempo que llamaba la atención general. Los consejeros del rey se habían opuesto, cuando el duque de Turena fué á pedir á su hermano permiso para esta empresa, con motivo de la entrada de madama Isabel : el rey, que gustaba de esa clase de juegos, y que brillaba en el manejo de las armas, llamó, sin embargo, al duque para suplicarle que renunciase á aquel proyecto ; pero éste respondió que se había comprometido para aquella

justa en presencia de las damas de la corte, y el rey, que conocía todo el valor de semejante palabra, accedió á sus deseos.

Además, ningún peligro se corría, porque casi siempre combatían los adversarios con armas sin punta y sin filo, y el escudo de guerra estaba colocado á la puerta de la tienda para indicar tan solo que su amo no retrocedía delante de ninguna empresa, y que estaba dispuesto á aceptar toda clase de desafíos : sin embargo, sucedía algunas veces que resentimientos particulares, aprovechando esta ocasión, se deslizaban como amigos en la liza, y en ella, descubriéndose de repente, provocaban un combate real en vez de un combate simulado, para cuyo efecto había siempre en la tienda provisión de armas afiladas y un caballo cubierto de acero.

Madama Valentina, aunque participaba del entusiasmo caballeresco de aquella época, la tenía muy inquieta el dudoso resultado de la jornada : la súplica del consejo le había parecido muy arreglada á justicia, y su corazón temía lo que otros habían pensado. Estaba sumergida en un mar de reflexiones parecidas á las que acabamos de exponer, cuando se le dijo que la joven que había mandado á buscar la antevíspera, esperaba en la antecámara. Madama

Valentina dió algunos pasos hacia la puerta y Odetta entró.

Una palidez mortal cubría su hermosa cara.

— ¿Qué tenéis? le preguntó la duquesa al verla tan desmejorada; ¿á qué debo la felicidad de veros?

— Habéis sido tan generosa conmigo, respondió Odetta, que no he querido encerrarme en un convento sin despedirme de vos.

— ¿Tomáis el velo? dijo madama Valentina enterrecida.

— Todavía no, porque mi padre me ha hecho prometer que no pronunciaría ningún voto mientras que él viva; pero he llorado tanto y tanto sobre su pecho, he suplicado tanto y tanto á sus pies, que me ha permitido retirarme en clase de pensionaria al convento de la Trinidad, del que es superiora mi tía.

La duquesa le agarró la mano diciendo:

— Algo más tenéis que confiarme, ¿no es verdad?

Quedaba en los ojos de la joven una excesiva expresión de tristeza y de temor.

— Sí, quería hablaros de...

— ¿De quién?

— ¿Y de quién queréis que os hable sino de él? ¿por quién queréis que tema sino por él?

— ¿Qué podéis temer?

— Perdonadme si os hablo á vos, madama Valentina, del noble duque de Turena; pero si algún peligro...

— ¿Qué peligro? exclamó madama Valentina. Explicaos.

— El duque sostiene hoy la justa, ¿no es verdad?

— Sí; ¿y qué?

— ¿Y qué?... Ayer fueron á casa de mi padre tres hombres y le dijeron que les enseñase el caballo de guerra más fuerte y de más resistencia que tuviese de venta. Mi padre les preguntó si le querían para la justa de hoy, y contestaron afirmativamente, añadiendo que un caballero extranjero quería pelear.

— ¿Luego habrá una justa de guerra? replicó mi padre.

— Y sangrienta, respondieron sonriéndose.

Bajaron en seguida á la cuadra, y yo los seguí temblando; eligieron el caballo de más poder, y le probaron una testera de batalla. Odetta sollozó: ¿Comprendéis, señora? ¡Oh! Decídselo al duque; decidle que se atenta contra su vida; decidle que se defienda con toda su destreza. Cayó de rodillas. Que se defienda por vos, que sois tan hermosa y que le amáis tanto. ¡Oh! Decídselo como os lo

digo, puesta de rodillas y con las manos juntas, decidsele como se lo diría si fuese yo madama Valentina.

— Gracias, gracias, hija mía.

— Diréis á sus escuderos que le elijan la armadura más fuerte: cuando fué á buscaros á Italia traería alguna de Milán, que según dicen, son las mejores del mundo; decidle que se sujete bien el casco; en fin, si viéseis, lo que es posible, porque el duque de Turena es el más hermoso, el más valiente y el más diestro caballero del reino, ¿qué digo?... ¡Ah! sí: si vieséis que flaquease, porque su adversario podría emplear algún maleficio contra él, suplicad al rey: el rey estará allí, ¿no es verdad? suplicadle que mande cesar la justa; tiene derecho para hacerlo, se lo pregunté á mi padre. El combate cesa cuando los jueces del campo arrojan su bastón entre los combatientes. Suplicádselo, señora, y cese, ya que al menos desgraciadamente no pudo impedirse; y yo, mientras tanto... Se detuvo.

— ¿Qué haréis? dijo con frialdad la duquesa.

— Me encerraré en la iglesia del convento; ahora que mi vida está consagrada á Dios, debo rogar por todos los hombres, y en particular por mi soberano, sus hermanos é hijos. Rogaré por él, y diré á Dios que reciba mi vida, que para nada me

sirve, en cambio de la suya; y Dios me oirá, y tal vez me concederá la gracia que le pido. Rogad vos también; sin duda oirá el Señor vuestra voz antes que la mía. Adiós, adiós, señora.

Odetta se levantó, besó por última vez la mano de la duquesa, y se precipitó fuera de la habitación.

Madama Valentina pasó inmediatamente á la de su marido, quien hacía ya más de una hora que estaba en su tienda armándose de punta en blanco.

En aquel momento fueron á decirle que la reina aguardaba para ir al campo de Santa Catalina.

La justa se había preparado en el mismo sitio en que se verificó la del día anterior. Dentro del cerco y debajo del balcón del rey se había levantado la tienda del duque de Turena, que comunicaba con una gran pieza de madera, en la que estaban los escuderos y los caballos, éstos últimos en número de cuatro, tres para las justas de paz y uno para la de guerra. Al lado izquierdo de la tienda estaba el escudo de guerra del duque, sin otro blasón ni divisa que un bastón anudado con estas palabras: *Desafío á todo el mundo*. Al lado derecho estaba el escudo de paz, en cuyo centro se veían tres flores de lis de oro en campo azul, que eran las armas de los hijos de Francia.

Enfrente y á la extremidad de la liza había una puerta por la que debían entrar los caballeros.

Luego que el rey, la reina, las damas y caballeros de la corte tomaron asiento, un heraldo presidido de dos clarines, leyó en alta voz los carteles de desafío que ya conocen nuestros lectores. Los jueces del campo les añadieron una cláusula relativa al modo de justar, á saber: que todo caballero ó escudero que tocase el escudo de paz, se comprometía á no correr más que dos lanzas. En cuanto á los que tocasen el escudo de guerra, quedaban á su elección las armas, según era costumbre.

Hecha esta proclamación regresó el heraldo á la tienda. Los dos jueces del campo, que eran Oliverio de Clissón y el duque de Borbón, se colocaron á los dos lados del palenque y los clarines dieron la señal del combate. Madama Valentina estaba pálida como la muerte. Hubo un momento de silencio, hasta que otro clarín repitió desde fuera la misma sonata. Las puertas del fondo se abrieron y apareció un caballero; y como llevaba la visera levantada, pudieron todos reconocer en él al joven Boucicaut; al verle respiró la duquesa.

Los caballeros saludaban con la mano y las damas agitaban sus pañuelos, porque el paladín

que había entrado era de los más valientes y mejores justadores de la época.

Boucicaut se inclinó para dar gracias á los espectadores por el recibimiento que le habían hecho; marchó luego en dirección al balcón de la reina, y la saludó bajando la punta de su lanza hasta el suelo; calóse después la visera con la mano izquierda, tocó con el asta de su arma el escudo de paz del duque de Turena, sacando su caballo á galope fué á colocarse al extremo opuesto de la liza.

Al momento se presentó el duque armado, preparado el escudo y la lanza en ristre. Traía una armadura milanese de finísimo acero incrustada de oro, los caparazones del caballo eran de terciopelo bermejo, y todas las piezas que de ordinario son de hierro, como bocado y estribos, eran de pura plata; agréguese á esto que la coraza le caía tan bien y estaba tan artísticamente trabajada, que se prestaba á todos los movimientos con la misma flexibilidad que si hubiese sido un peti de cota de malla ó de paño.

Los aplausos con que fué recibido el duque, igualaron cuando menos al murmullo con que fué saludado el caballero Boucicaut, porque no podía pedirse ni más gracia ni más soltura en los saludos

que hizo al presentarse; y fué tal el entusiasmo que produjo en la concurrencia, que la algazara no cesó hasta el momento en que se caló la visera. Retumbó entonces el sonido del clarín: los dos adversarios ponen las lanzas en ristre y los jueces del campo gritan: « Partid. »

Ambos salieron al campo el uno contra el otro, y ambos rompieron sus lanzas: los caballos, no pudiendo resistir tan fuerte choque, clavarón sus ancas en el suelo, y temblando aun, volvieron á levantarse, sin hacer perder á sus ginetes ni un solo estribo: volvieron caras inmediatamente y cada uno tomó nuevas lanzas de las que sus escuderos les tenían preparadas.

No bien se habían repuesto para esta segunda carrera, cuando los clarines dieron la señal, y con más rapidez que en la primera, se lanzaron los combatientes; pero los dos variaron esta vez la dirección de su lanza: ambos se alcanzaron en la celada, haciendo perder el caso á su contrario, y sin que semejante encuentro detuviese su carrera pasaron de largo; mas volviéndose después se saludaron cortesmente. Imposible parecía que hubiesen combatido con una igualdad tan perfecta; así que generalmente se opinó, que este combate honraba igualmente á ambos.

Los dos caballeros dejaron al cuidado de sus escuderos el recoger los cascos, y salieron con la cabeza descubierta, el caballero Boucicaut por la misma puerta que había entrado, y el conde de Turena volvió á la tienda de donde había salido.

Un lisonjero murmullo acompañó á éste hasta el pabellón, porque estaba tan hermoso con sus largos cabellos rubios, sus ojos cándidos como los de un niño y su sonrosada tez como la de una doncella, que parecía al arcángel San Miguel.

La reina se inclinó toda fuera del barandado para seguirle con sus miradas hasta perderlo de vista; y madama Valentina, recordando lo que había dicho Odetta y aterrada con un fatídico presentimiento, miró á la reina.

Trascurridos que fueron algunos cortos instantes, anunciaron que el duque estaba ya pronto para otro nuevo combate. Mucho rato pasó sin que recibiesen contestación aquellos bélicos sonidos; y ya empezaban los concurrentes á preguntarse si tan magníficas justas se reducirían á lo visto por falta de combatientes, cuando se oyó un clarín, que á juzgar por lo que tocaba, parecía extranjero: al instante se abrieron las puertas, y entró un caballero con la celada calada y escudo en brazo.

Madama Valentina se estremeció al ver aquel

desconocido adversario, porque el vago y continuo temer que le causaban aquellas justas, se aumentaba á medida que el desconocido se iba acercando al pabellón: al llegar éste debajo del balcón real paró el caballo, dió en tierra con el regatón de la lanza, y sujetándola con la rodilla se alzó la celada, presentando al público el pálido y altanero rostro de un joven hermoso que parecía contar apenas veinticinco años: la mayor parte de los asistentes no conocían á este nuevo campeón.

— Dios guarde á nuestro primo Lancaster, conde de Derby, dijo el rey al reconocer en el joven al primo de Ricardo de Inglaterra: debe estar persuadido de que será siempre el bien venido á nuestra corte, aun cuando no existiesen las treguas que nuestro querido hermano de ultramar, cuya vida conserve Dios muchos años, acaba de concedernos. El embajador que tenemos cerca de su persona nos anunció ayer vuestra próxima llegada, y en verdad que puede asegurarse que es un mensajero de felices nuevas.

— Monseñor, dijo el conde de Derby inclinándose de nuevo, habiendo llegado hasta nuestra isla la fama de las maravillosas justas y empresas que deben llevarse á cabo en vuestra corte, he querido atravesar la mar, á pesar de que tengo

muy á honra el ser inglés, para venir á romper una lanza en honor de las damas francesas, y recibiré gran merced en que monseñor el duque de Turena tenga á bien olvidar que solo somos primos del rey.

El conde de Derby pronunció estas últimas palabras con una amargura tan irónica, que probaba que en aquella época había entrado ya en sus cálculos saltar la distancia que le separaba del trono. Después de saludar por la última vez al rey y á Isabel, se caló de nuevo la celada, y fué á pegar con el mango de la lanza en el escudo de paz del duque de Turena. Volvieron entonces al rostro de madama Valentina los colores que el miedo había desterrado, porque su corazón se estremeció con la presencia del inglés, pues temía que el odio de la Inglaterra á la Francia fuese la única causa de la venida del conde.

Antes de empezar la justa, se saludaron los dos adversarios con toda la cortesía digna de tan ilustres personajes: los clarines dieron la señal, y puestas las lanzas en ristre se precipitaron el uno sobre el otro.

Ambos se encontraron, y las puntas de las lanzas tropezaron en los escudos; mas habiéndose cruzado los caballos tuvieron que soltar las lanzas, que

cayeron en la arena. Los escuderos del duque de Turena y del conde de Derby corrieron á recogerlas y á presentárselas á sus señores ; pero ambos hicieron al mismo tiempo igual señal, y el escudero inglés ofreció al duque de Turena la lanza del de Derby, al propio tiempo que el escudero francés iba á presentar á Derby la lanza del duque de Turena. Esta acción fué aplaudida en extremo y declarada de común acuerdo caballerosa en alto grado.

Los dos caballeros cruzaron de nuevo la arena para volver á ocupar sus puestos, y enristrando las lanzas se precipitaron por segunda vez á la carrera.

En este encuentro secundaron mejor los briosos caballos la destreza de sus jinetes, porque cargaron tan derechamente á su adversario, que todos temieron se estrellasen el uno contra el otro. Esta vez, como la primera, recibieron ambos la punta de la lanza en el centro de la armadura, y chocaron con tal fuerza, que las dos lanzas saltaron en mil pedazos, quedando solo una astilla en las manos de los combatientes.

Volviéronse á saludar ambos ; el duque de Turena entró en su tienda y el conde Derby salió de la lid ; esparábale á la puerta un paje del rey

con el encargo de suplicarle en nombre de su amo, que viniese á tomar asiento al lado de la reina. El conde aceptó este honor, y pocos instantes después se presentó armado de punta en blanco, cual había combatido, pero sin el casco, que un paje con su librea traía detrás de él. Apenas se había sentado el conde, las trompetas llamaron por tercera vez.

La contestación no se hizo esperar, y fué dada tan pronto, que podía habérsela confundido con el eco : el instrumento que respondió era un largo clarín de guerra, de que se servían en lo más recio de las peleas para amedrentar al enemigo con su terrible estruendo. Todo el mundo se estremeció, y madama Valentina se santiguó toda fuera de sí, exclamando : ¡ Santo Dios, compadeceos de mí !

Todas las miradas se clavaron entonces en las puertas, que abrieron paso á un caballero armado con los arneses propios de una justa de guerra, es decir, de lanza á toda prueba y larga espada, que podía manejarse alternativamente con una ó con dos manos, y una hacha de armas. Traía su escudo en el brazo, y en el blasón de sus armas para contestar á las del duque de Turena, que según hemos dicho consistían en un bastón lleno de nudos con esta leyenda : *Desafío á todo el mundo,*

traía el desconocido un cepillo de carpintero destinado á hacer desaparecer los nudos del bastón, con esta contestación : *Yo lo acepto.*

Los espectadores, con la curiosidad que naturalmente debían excitar semejantes circunstancias, fijaron su atención en aquel caballero : pero nadie pudo conocer quién era, pues traía echada la celada y ningún blasón heráldico brillaba en su escudo ; únicamente por la corona de conde de oro puro que adornaba su casco, podía deducirse su alta cuna, ó su respetable dignidad.

Entró en la arena haciendo maniobrar á su caballo con aquella habilidad llena de gracia, propia de todo caballero habituado á las armas. Al pasar por debajo del balcón real inclinó su frente hasta tocar con las crines de su corcel, se dirigió en medio del más profundo silencio, que nadie se atrevía á turbar ni aun con la respiración, á la tienda del duque de Turena, y tocó con seguro golpe el escudo de guerra del noble mantenedor con la hoja de su lanza. Aquella señal de muerte retumbó en todos los ángulos del palenque ; pálida como la muerte se quedó la reina, y madama Valentina dió un ¡ ay ! que partía el corazón.

Un escudero del de Turena salió á la puerta de la tienda, y después de haber examinado cuáles

eran las armas ofensivas y defensivas del caballero, saludándole cortesmente le dijo :

— Seréis servido, monseñor.

Y en seguida desapareció.

El caballero se colocó en el extremo opuesto del palenque, mientras que el conde se preparaba al combate. Apenas habrían pasado diez minutos, cuando salió este último de su tienda con la misma armadura que le había servido todo el día, pero cabalgando otro caballo vigoroso y descansado ; llevaba, como su adversario, una fuerte lanza con afinado acero, y pendía de su costado larga espada y del arzón de la silla una hacha de armas : todas estas armas eran iguales á la coraza, maravillosamente rica, y con mil labores damasquinas de oro y plata.

El duque de Turena hizo una señal con la mano para indicar que estaba ya dispuesto : los clarines hicieron retumbar el circo con su sonido : los adversarios enristraron fuertemente sus lanzas apoyándolas debajo del brazo, é hincando las espuelas en los ijares de los caballos se precipitaron á toda brida el uno sobre el otro, hasta encontrarse en medio del palenque ; tan ardientemente habían salido al encuentro cada uno de ellos á su contrario.

Ambos sostuvieron el choque vigorosamente y de buena fe, porque la lanza del caballero desconocido atravesó la cimera del casco del duque, y arracándosele de la cabeza, lo lanzó á diez pasos de distancia detrás del caballo: la de Turena, atravesando el broquel de su adversario, fué á dar contra la coraza, y resbalándose por debajo del espaldar, le hirió ligeramente en el brazo izquierdo, con cuyo choque se rompió á un pie de distancia de la hoja, quedándose la astilla clavada en el broquel.

— Señor duque, dijo el caballero, os suplico me concedáis la merced de poneros otro casco, mientras que yo me arranco esta astilla del broquel, que aunque no me hiere, me estorba.

— Tantas gracias, querido primo Nevers, respondió el duque, porque el odio profundo é inteligente que ambos se profesaban mutuamente, se lo había hecho conocer. Muchas gracias: podéis tomaros todo el tiempo necesario para que os venden y restañen el brazo, pero yo continuaré el combate tal cual estoy.

— Hágase como decís; pero me parece que tan bien puede continuarse un combate con el hierro de una lanza en el escudo como con la cabeza desnuda; no necesito, pues, más tiempo para

trabarlo de nuevo que el indispensable para arrojar esta lanza y desenvainar esta espada.

Y acompañando sus palabras con las obras, se halló con el acero en la mano.

El duque de Turena, siguiendo su ejemplo, soltó la rienda para cubrirse su cabeza desarmada con el escudo. El conde de Nevers por su parte abandonó el brazo izquierdo, del que no podía servirse, porque la astilla de la lanza había magullado la armadura. Los escuderos que se habían acercado para servir á sus amos se retiraron al verlos continuar su combate.

Este, en efecto, habíase trabado con nuevo vigor: el conde de Nevers se cuidaba muy poco de la desventaja que le causaba la imposibilidad de servirse de su brazo izquierdo; así es, que confiando en el temple de su armadura se presentaba cubierto tan solo por ella á los golpes de su adversario, y redoblaba sin respirar los golpes con que martillaba el escudo protector de la cabeza desarmada, retumbando sus mandobles cual si descargase un martillo sobre un yunque.

El duque de Turena, más notable por su elegancia y destreza que por sus fuerzas, no estaba ocioso, pues revoloteando en torno del duque buscaba con la punta de su espada el defecto de la armadura de

su adversario. Ni el menor ruido se oía en aquel recinto, donde tan solo retumbaba el estrépito que producía el choque del hierro con el hierro; parecía que todos tenían soltar la respiración y que toda la vida de aquella inmóvil turba había pasado á los ojos concentrándose en sus miradas.

Ignorándose aun quién era el adversario del duque de Turena, todas las simpatías y todos los deseos se dirigían en favor de éste; su cabeza, á la que la sombra del escudo daba una tinta oscura, hubiese servido de modelo á un artista para pintar al Arcángel San Miguel: el carácter tan indolente de su fisonomía había desaparecido: sus ojos vomitaban llamas, sus cabellos flotaban como una aureola, y sus labios, separados por una contracción nerviosa, dejaban ver sus blancas y esmaltadas filas de dientes; de manera que á cada golpe que descargaba sin descanso la pesada espada de su adversario, un estremecimiento recorría aquella asamblea, cual si todos los padres hubiesen temido por sus hijos y todas las mujeres por sus amantes.

Desmoronábase en efecto poco á poco el escudo protector; cada golpe arrancaba un pedazo de acero, cual si hubiese sido de madera, y no tardó en abollarse por el centro, por lo que el duque

empezó á sentir en el brazo los golpes que hasta entonces había recibido el escudo; por último, un nuevo golpe corriéndose por todo el brazo, vino á herirle ligeramente en la frente.

Viendo entonces el duque de Turena que su escudo mutilado era una defensa inútil y que su espada no era bastante fuerte para penetrar por la armadura de su adversario, hizo dar un bote en retirada á su caballo, y arrojando lejos de sí con la mano izquierda su escudo y con la derecha su espada, cogió con ambas la pesada hacha suspendida en el arzón, y revolviéndose sobre el conde, antes que éste hubiera podido ni aun sospechar su intención, le descargó tan descomunal hachazo, que rompiéndose los lazos del casco, quedó descubierto el rostro del conde de Nevers: al reconocerlo, todo el mundo prorrumpió en un grito de admiración. Y á punto que, enderezándose el conde de Nevers sobre los estribos, se disponía á volver golpe por golpe, cayeron en medio de los combatientes los bastones de los dos jueces del campo y se oyó la voz fuerte del rey sobresaliendo sobre todas: « Basta, señores, basta. »

La causa de aquella suspensión fué el desmayarse madama Valentina al ver correr la sangre sobre el rostro de su esposo y las instancias de la reina, que

pálida y temblando habíase apoderado del brazo del rey diciéndole :

— ¡ Haced que cesen, señor ! ; En nombre del cielo, haced que cesen !

Á pesar del encarnizamiento que animaba á los combatientes, cesaron el combate al momento mismo. El conde de Nevers dejó colgar su espada de la cadena : el duque de Turena volvió á colgar en el arzón su hacha de armas. Los escuderos se acercaron á sus amos : los unos restañaron la sangre que corría por la frente del duque de Turena, los otros arrancaron al conde de Nevers la astilla de la lanza, cuya punta había llegado hasta el hombro.

Concluída que fué esta doble operación, se saludaron ambos con una fría cortesanía, como dos personas que acabasen de jugar un juego ordinario. El conde de Nevers salió del palenque y el duque de Turena se dirigió á su tienda para tomar otro casco. Levantándose entonces el rey dijo en alta voz :

— Señores, es nuestra voluntad que reciban aquí término y fin esta justas.

En su consecuencia el duque de Turena, en vez de continuar volvió hacia el balcón real para recibir el brazalete, premio reservado al mantenedor,

pero al llegar debajo de él le dijo Isabel con la mayor amabilidad :

— Subid, monseñor, porque hemos determinado, para dar más valor á nuestro regalo, el ponérselo por nuestra propia mano en vuestro brazo.

El duque saltó con la mayor agilidad de su caballo. Un instante después estaba recibiendo á los pies de la reina el brazalete que le había sido prometido en la carrera de la entrada ; y mientras que por una parte madama Valentina enjugaba la frente de su marido para cerciorarse de que la herida no era profunda, y que por otra estaba el rey convidando á comer al conde de Derby, la mano del duque se encontró con la de madama Isabel : fué recibido y dado el primer favor adúltero.